

PRÓLOGO

Una de las tareas que más agrado conlleva para quien tiene el oficio de escribir, es sin duda el de prologar un libro. Prologar es dar fe del término de una obra bien hecha, pero también es resaltar, reflexionar, comentar, ilusionar al lector sobre los aspectos que va a encontrarse y que realmente le van a interesar.

Esta tarea es la que me ha solicitado el autor y por eso debo de estarle muy agradecido. Que es una obra bien hecha está fuera de toda duda para quien ha seguido todo el proceso desde el principio y conoce al autor del trabajo, como es mi caso. Habitualmente estamos acostumbrados a juzgar las cosas como productos, olvidándonos que detrás del producto hay alguien que ha tenido que superar obstáculos y dificultades hasta llegar al final del camino, que no es el término, pero sí un modo de seguir avanzando.

Con cierta lógica señalaba un profesor experimentado algo que puede parecer obvio pero que hoy día tiene un sentido muy profundo: no hay empresas sin empresarios. En el tema que nos ocupa y parafraseando la sugerencia de ese profesor experimentado, podemos decir que no hay libros sin alguien que los escriba y en esa obra queda marcada su propia biografía aunque él y pocos más la conozcan. De ahí que el valor de una obra va mucho más allá del “producto” que podemos ver, aunque ese “producto” es un primer reflejo de la calidad que se encuentra detrás de ese “producto”, pero sin agotar la riqueza de lo que hay detrás.

Por la razón aludida un libro no es culminación, podríamos decir que es una etapa intermedia, ya que la madurez de quien escribe es siempre creciente y se espera que de quien ha escrito mejore sus posteriores escritos, porque quien está detrás del “producto” siempre es capaz de seguir aportando.

¿En qué medida es todo esto posible? Justamente en la medida en que las alternativas que se presentan socialmente –la publicación de una obra, como es el caso que nos ocupa– no son tales sin una clara participación que sea manifestación del proyecto biográfico, donde el autor deja reflejada en esa obra la madurez que ha ido adquiriendo hasta el momento. Participación que tiene como protagonista, no podría ser de otro modo, a quien es sujeto de manifestaciones: la persona como proyecto. De este modo, la participación es entendida como “la donación, esto es, la acción de un sujeto que da algo a alguien. Pues si no se diera tal donación, si la posesión se compartiera *ab initio*, no habría en rigor comunicación, sino comunidad”¹. Justamente esa impronta personal que conlleva una obra, hace que ésta más allá de un “producto”, sea un don.

Nos encontramos, por consiguiente ante algo a lo que no podemos acostumbrarnos, como uno no se acostumbra al amor, por muchos libros que leamos o caigan en nuestras manos y éste no es una excepción. Y la razón es bien sencilla: un libro es un don, de ahí que el autor manifieste en su obra un alto grado de amor de amistad hacia el lector.

Me atrevería a señalar que en este libro se cumple muy bien lo que con cinco referencias a la *Ética a Nicómaco*, libro octavo, expone Santo Tomás acerca de la naturaleza del amor de amistad según Aristóteles. Señala el Aquinate que el amor de amistad está constituido por tres elementos: a) Amor de benevolencia: no se quiere al amigo como bien para nosotros, sino como alguien para quien queremos el bien; b) reciprocidad: amor mutuo, encuentro de dos benevolencias que se sostienen e influyen mutuamente; c) comunicación, como fundamento: es la traducción de la *koinonía* aristotélica y bíblica, una forma de solidaridad o coparticipación en un bien común, en las tareas que lo promueven y en la vida que se realiza en ellas (S. Th. II-II, q. 23, a. 2).

En otras palabras, si la sociedad es del orden de la manifestación humana, no es entendible una sociedad en la que no quepa participación, ya que “el hombre es un ser social porque es un ser dialógico, es decir, capaz de expresar lo que piensa a los demás y establecer así una red comunicativa. La sociedad, en última instancia, es la manifestación de lo interior a los demás en régimen de reciprocidad”². Y ese es el sentido último que tiene una obra que leemos y ésta en particular.

1. ALTAREJOS, F.; NAVAL, C. (2004), *Filosofía de la Educación*, Eunsa, Pamplona, 51.
2. POLO, L. (1996), *Ética: hacia una versión moderna de los temas clásicos*, Unión Editorial, Madrid, 65.

Llegados a este punto es lógico que nos preguntemos: ¿en qué consiste el don que nos ofrece el autor a través de estas páginas? No me cabe duda de que podremos encontrar muchas cosas interesantes, según sea el interés de quien acceda a su lectura. Pero me atrevería a afirmar que en este libro hay una clara apuesta por desvelar que detrás del *ethos* directivo, nos topamos de lleno con personas. Esa advertencia nos hace considerar que el directivo, al igual que el escritor de un libro, es alguien que en su acción da algo a alguien. Comunica y se comunica. Se dona. Lo propio del directivo es donarse, es decir, servir. Parafraseando a Benedicto XVI en *Deus caritas est*, se puede afirmar que no se comienza a ser directivo por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con personas, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. Por este motivo el autor, con mucha razón, aborda la necesidad que tiene el directivo de adquirir unas virtudes, más allá de centrar su discurso en una cuestión procedimental.

Y con acierto, a mi modo de ver, al tratar de las competencias del directivo nos hace ver, como lo haría Aristóteles, que esas competencias son posibles de adquirir en la medida en que sabemos vincular la competencia a la virtud. No cabe duda, para quien es buen entendedor de la materia, que esa vinculación tiene una neta similitud con la que hace Santo Tomás al tratar del amor de amistad. Una vez más Aristóteles es la fuente para poder entender las acciones que hoy día se nos presentan como difíciles de asimilar.

De otro modo lo expresa McLaughlin, cuando afirma que “para Aristóteles, el desarrollo humano requiere una iniciación hacia una cultura en la que las cualidades de la persona y el carácter son reconocidas y puestas en práctica. Esto es importante para notar que todos los procesos no pueden ser reducidos a una mera socialización”³.

No cabe duda de que si hay un concepto que es difícil de abordar es justamente el de *ethos*. El reto que se plantea el autor y que nos plantea es francamente interesante y de mucha actualidad. Señalo que es difícil de abordar porque con cierta frecuencia es descrito en la literatura especializada con nombres bien distintos como, por ejemplo, ‘ambiente’, ‘atmósfera’, ‘clima’, ‘cultura’, ‘desarrollo ético’ y otras de este tipo. Por tanto, es difícil de atender al significado específico de *ethos* por el pro-

3. MCLAUGHLIN, T. (2005), “The educative importance of Ethos”, *British Journal of Educational Studies*, 53, (3), 319.

pósito de análisis y discusión. En segundo lugar, la intangibilidad y lo elusivo de la noción de *ethos* puede ser vista en sentido amplio de aspectos de la vida y del trabajo en la tarea directiva y en la escuela a través de sus manifestaciones.

Y a pesar de las dificultades con las que nos podemos topar, pareciera como si el autor hubiese tenido muy presente esas palabras de Newman, cuando afirma que “diez mil dificultades no justifican una duda”. La propuesta que nos hace es clara, un conocimiento lo más próximo y adecuado posible del conocimiento del *ethos* profesional del directivo universitario solo puede realizarse mediante la vía analítica, esto es, a través del estudio de sus elementos constitutivos *los hábitos*. La validez de este modo de proceder viene avalada por esas palabras de Goethe (Adagios en Prosa, nº 36) que arrojan luz al saber teórico: “si no pretendiésemos saber todo con exactitud, puede que conociéramos mejor las cosas”. Desde una perspectiva metodológica no hay escisión entre razón teórica y práctica, sino subordinación de la verdad práctica a la teórica. El propósito es claro: el *ethos* profesional del directivo es solucionar problemas prácticos para que la vida activa se subordine a la vida contemplativa y así el *ethos* directivo se configura como servicio. Al directivo se le pueden exigir muchas cosas, pero una de ellas es clave para que se den las demás y es la integridad: se vive como se piensa. Desde una perspectiva metodológica el autor acierta plenamente al dejar planteado en el desarrollo de la obra que la razón teórica es condición y finalidad de la práctica para que ésta se conforme a la teórica.

La lectura del libro me recordaba la existencia de otro que se publicó hace ya unos años y que tanto caló en la tarea directiva y del *Management*. Se trata del libro publicado por Tom Morris, antiguo profesor de Filosofía en la Universidad de Notre Dame (EE.UU.) y en la actualidad director del “Morris Institute for Human Values”, en Carolina del Norte. El libro lleva por título: “Si Aristóteles dirigiera General Motors, un nuevo enfoque ético de la vida empresarial”.

Tom Morris, con un sentido práctico impresionante, realizado con delicioso sentido del humor, más una portentosa habilidad frente a toda clase de problemas, nos muestra el camino para lograr la excelencia en cualquier empresa, así como alcanzar el éxito y la felicidad personal en los tiempos turbulentos que nos ha tocado vivir. El libro no trata de General Motors como empresa concreta. Utiliza el nombre de esa entidad emblemática a manera de arquetipo o paradigma de organización donde

PRÓLOGO

un grupo de personas trabajan juntas, arrojando luz para saber afrontar los problemas en nuestros negocios, en la política y en la vida.

Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que el autor del libro que prologo tiene una perspectiva similar. Su intención, avalada por su experiencia profesional, es marcar el camino para alcanzar el éxito y la felicidad personal en ese tiempo que a algunos se les ha dado para ser capaces de insertar su proyecto profesional en su proyecto de vida. En otras palabras, lograr el éxito y la felicidad personal es un requisito del proyecto de vida que se manifiesta en el proyecto profesional, para lo que se requiere la virtud como elemento clave que permite al autor, como manifestación del proyecto biográfico, dejar reflejada en esta obra la madurez que ha ido adquiriendo hasta el momento.

Alfredo Rodríguez Sedano
Profesor Titular de Sociología
Universidad de Navarra